

LA SOLICITUD LLEGA AL CORAZÓN LA SOLICITUD NACE DE LA GRACIA Y CONDUCE A LA GRACIA

André Fossion s.j.
andrefossion@lumenvitae.be

La solicitud¹ es una cualidad del corazón. Es la capacidad de admirar lo bello. Es compasión frente al sufrimiento ajeno. Es solidaridad en la acción concreta. “La solicitud, escribe el Padre Ignace Berten, tiene su origen en el momento en el que el corazón es tocado por las vivencias y los sufrimientos de las personas. La solicitud es la inteligencia del corazón. Es fundamentalmente una empatía hecha de buena voluntad, de admiración por lo que hay de bello en las personas o en los hechos cotidianos (...) de compasión frente al sufrimiento (...) y de indignación (...) y protesta ante todo aquello que desprecia a la dignidad humana”²

Para aclarar este tema de la solicitud, lo relacionaré con el de la gracia. Solicitud y gracia son efectivamente temas estrechamente emparentados. Ambas van juntas. La solicitud nace de la gracia y conduce a la gracia. Por gracia entendemos el bien realizado o el bien recibido. Se hace una gracia o se recibe una gracia. En otras palabras, la solicitud encuentra su impulso en los beneficios recibidos. Y, a cambio, ella conduce al bien realizado, a la acción benéfica y a la benevolencia. La solicitud se concibe, así como un proceso en el que se da, se recibe y se devuelve, graciosamente.

Dividiré mi propuesta en tres puntos. En primer lugar, me referiré a la solicitud y a la gracia en el plano antropológico, en el plano de la experiencia humana. A este primer punto lo titulé: la solicitud, la gracia en el corazón. El segundo punto propondrá una reflexión de teología cristiana: la solicitud divina, una sobreabundancia de gracias. Para finalizar, en un tercer punto, encararé la evangelización como testimonio de la gracia de Dios y como solicitud hacia el prójimo.

1. La solicitud: la gracia en el corazón

¿Dónde y cómo aflora en el campo humano la experiencia de la gracia? En primer lugar, señalemos que el término “gracia” forma parte del vocabulario común. Es una palabra de la lengua. Detengámonos en la expresión “gracias a”. Por ejemplo, “gracias a ti pude terminar esta tarea.” O: “Fue gracias a un conjunto de circunstancias que pude obtener tal puesto.” La expresión “gracias a” designa entonces un proceso por el cual se recibe o se obtiene algo graciosamente, gratuitamente, como un don que sucede, como un favor que nos es dado sin haberlo buscado. La gracia, es lo que nos es otorgado por la mediación benéfica de alguien o por el concurso de circunstancias. Esta experiencia de donación es placentera, es agradable. Y suscita un sentimiento de reconocimiento.

¹ La Novena en el Santuario de Nstra. Señora de la Sarte (Huy) del 7 al 15 de mayo de 2022 tuvo por tema la solicitud. El texto aquí propuesto fue objeto de una presentación oral durante esta novena el 12 de mayo de 2022.

² Ignace Berten, *La sollicitude. Un mode de vie évangélique*, Ed. Salvator, Paria, 2019, p.17

Doy las gracias, agradezco a esa persona que ha sido tan solícita conmigo. O si no, agradezco a la vida. Es un regalo recibido de alguna persona o de la vida si no existe un donante conocido como tal. La gracia es el don recibido gratuitamente de parte de otra persona. O puede ser el regalo ofrecido a alguien por simple amabilidad, sin mediar ninguna obligación. La gracia designa un don, lo que es ofrecido o recibido. También designa la relación graciosa con otra persona en la que los dones se intercambian y se transmiten gratuitamente sin medida. La gracia designa entonces lo que es dado, pero también la relación de gratuidad misma.

Se sabe cuán importante es para cada ser humano tener en su vida al menos a una persona de la que esté seguro que siempre lo recibirá, lo amará, sin condiciones, sin tener que pagar por ello. Esta relación es gratificante, agradable. Es causa de alegría. Puede decirse entonces que esta es una relación graciosa: está impregnada de incondicionalidad.

Para medir la importancia y la extensión de la gracia en nuestras vidas, podemos rastrear y enumerar todas las palabras construidas sobre la raíz “gracia” así como las expresiones idiomáticas.

Gratis, gratuito: estos términos designan aquello que es dado sin tener que pagar por él o la función relacional donde los obsequios se intercambian libremente, sin medida. Lo que se da o se recibe sin pagar ni hacer pagar.

La **gratuidad** designa una relación de intercambio de bienes o de servicios con otra persona, libremente, sin obligación de pago.

La **gratitud** es el sentimiento de reconocimiento hacia otra persona por un don recibido.

Grado, en francés (**gré**) significa consentimiento. (N.T. grado deriva del latín “gratus”: agradable, grato). De ahí la expresión “De buen grado” (en francés “De plein gré” o “De bon gré”). Sin restricciones; en libertad, sin obligación; asentimiento sincero.

Otra acepción de gracia es perdón o indulto. (N.T.: el autor emplea el verbo francés “**gracier**”, inexistente en español, cuyo significado es perdonar, relevar de la culpa, reanudar una relación graciosa luego de un mal realizado. Restaurar una relación de acogida, eliminar la deuda. Otra expresión utilizada por A. Fossion es “**faire grâce**”, con el sentido de levantar una deuda, no tener que pagarla.)

Agradable: que gusta, que da placer y felicidad. Una relación graciosa es fuente de felicidad.

Gratificar: dar gratuitamente por gusto.

Gratificante: que da placer, que satisface.

Gracioso: bello, lindo, elegante, encantador. La gracia posee un aspecto estético. Aquello que confiere un sentimiento de belleza. Belleza formal y también belleza moral.

Grácil: suave, sin violencia, un poco débil, sin fuerza, vulnerable. Induce el deseo de proteger lo que es vulnerable.

En resumen, una relación graciosa o un estilo gracioso conjuga la gratuidad, el placer, la libertad, la belleza, la felicidad, el perdón, la vulnerabilidad, la delicadeza como opuesta a la violencia.

Vayamos un poco más allá. Hablar de este modo de la gracia es subrayar la prioridad, la primacía del don en nuestra existencia. El don -o la gracia- está en el fundamento de nuestra existencia. Lo que funda nuestra existencia es el don. El don funda el vínculo social. Nos convertimos en alguien para otra persona a partir del momento en el que hay don. El don es la matriz de nuestra vida. Lo que tenemos es lo que hemos recibido. La vida es don, la vida es gracia. Siempre somos precedidos por el don. Siempre le debemos a otro el haber recibido la vida, una vida dada por gracia. Somos deudores de todos los samaritanos de nuestra vida, que nos han dado la vida, nos educaron, nos criaron, nos formaron. Si nos referimos a la parábola del buen samaritano³, amar al prójimo es amar a los que están cerca de nosotros, los que nos alimentaron, nos criaron, nos levantaron en los momentos difíciles y hacer como ellos, hacer lo mismo, hacernos cercanos como ellos mismos se hicieron cercanos de nosotros.

El sociólogo Marcel Mauss⁴, en su obra clásica *Ensayo sobre el don*, mostró que la modalidad primera y primordial de las relaciones sociales no es el mercado, sino el don. En las sociedades primitivas, antes de la aparición del comercio, antes del trueque, los bienes se intercambiaban bajo la modalidad del don, el *donar/recibir/devolver*. He ahí el fundamento de los lazos sociales, lo que formó a la sociedad. Esta economía del don subsiste y permanece en las sociedades mercantiles: en las relaciones de familia, de amistad, en el voluntariado, en los servicios sociales y hasta en el mercado (“Y de yapa, te doy...”). Las situaciones de peligro, de catástrofe o de muerte reactivan en las sociedades el don cuando el Estado y el mercado fallan.⁵

Concluamos esta reflexión sobre la gracia y el don recordando el intercambio de regalos típico de una relación de gracia. El regalo puede ser caro o no pero siempre señala que se trata de una relación preciada. Cuando se recibe un regalo se dice: “No hacía falta”. Y se contesta: “No es nada”. Este pequeño diálogo es una mentira y lo sabemos. Sí, “hacía falta” y no es “nada”. En este pequeño diálogo, se afirma el regalo, pero es un regalo que no pesa, que es gratuito, que no obliga a nada ni a nadie. Quien ha recibido ese regalo lo retribuirá si lo desea, lo que desee, cuando y como lo desee. Y esta relación se siente como algo gratificante, precioso, de un valor incalculable. Hay una alegría en el dar y el recibir por gracia. Es un intercambio en libertad, solamente por la felicidad, la alegría de dar y recibir.

2. La solicitud de Dios: una sobreabundancia de gracia

El cristianismo es la revelación de un misterio de gracia de parte de Dios. Toda celebración cristiana comienza por declarar la gracia de Dios: “La gracia -podríamos decir la solicitud- de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre, la comunión del Espíritu Santo esté con vosotros” (2Cor 13, 13). “La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.” (Juan 1, 17)

³ Françoise Dolto, *L'évangile au risque de la psychanalyse*, Ed. Jean Pierre Delarge, éditions universitaires, Paris, 1977, pp. 151-175.

⁴ Marcel Mauss, *Essai sur le don*, PUF, 1973. (Cfr. La revue du MAUSS : Mouvement Anti Utilitariste dans les Sciences Sociales).

⁵ Jacques Godbout relata el caso de la “tormenta de hielo” que se produjo en Quebec en 1998. Los cables eléctricos se rompieron en todo el país por el peso del hielo. El país estuvo sin electricidad y, por ende, sin calefacción. El estado estaba impotente frente a esta crisis. Hubiera sido esperable que el precio de la leña aumentase por la presión de la demanda. Pero ocurrió todo lo contrario. La crisis fue superada por una distribución gratuita de leña. Ni el Estado ni el mercado podían solucionar el problema. El país salió de la crisis gracias al don. Ver Jacques Godbout, *L'esprit du don*, La découverte, Montréal, 2000.

Lo inaudito del Evangelio -a menudo ocultado, sepultado o ignorado- es decir precisamente que todo ser humano, quien quiera que sea, bueno o malo, trabajador de la primera o de la última hora, puede encontrar este lugar de recepción incondicional en la fuerza misteriosa de quien recibimos la vida y que llamamos Dios: Padre, Hijo y Espíritu. Dios es un hogar de gracia, de acogida incondicional sin que sea necesario merecerlo o pagar por él.

El misterio de gracia del que somos testigos es el de un amor incondicional: “Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra creatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom 8, 38). Nada podrá separarnos del amor de Dios, ni siquiera nuestro pecado. “Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá” (Sal 27, 10).

Esta es tal vez una de las cosas más difíciles de creer para los cristianos: creer en el amor llevado hasta el extremo, un amor que “todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1Cor 13, 7). Nos resistimos a creer en este amor incondicional de Dios. Inconscientemente, tenemos dudas respecto del amor de Dios como si Dios pudiera revertir su amor o incluso convertirse en una amenaza que pesa sobre nuestras vidas; una amenaza de cólera y de condena. Sin embargo, como lo manifiesta nuestro Señor Jesús que amó hasta el extremo, el amor de Dios no tiene límites. Por esta razón somos liberados del miedo a Dios. E incluso dice san Pablo: “No han recibido un Espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el Espíritu de hijos adoptivos que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre! (Rom 8,15). “El amor elimina el temor”, dice san Juan (1Jn 4, 18).

El Evangelio nos habla de la abundancia y también de la sobreabundancia de la gracia de Dios. Nos hallamos en el orden del exceso. “De su plenitud, hemos recibido gracia sobre gracia” (Jn 1, 16). “Pero la prueba de que Dios nos ama, es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores.” (Rom 5, 8). “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Hemos recibido gracia tras gracia.

En primer lugar, recibimos la gracia de la creación. La creación realizada por Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu. No olvidemos que la creación es efectivamente una obra trinitaria. Dios da la vida. “Yo les doy”; es la primera palabra que, según el relato del Génesis, Dios dirige a la humanidad.

Sin embargo, esta gracia de la creación no está limitada al principio. La creación no se agota en el pasado. La gracia de la creación continúa a través de la historia. Nuestra creación está delante de nosotros. La creación no está finalizada. Dios creador acompaña a la historia; él crea y recrea. La creación está en dolores de parto y lo que vendrá no puede compararse en absoluto con el pasado (Rom 8, 18-25). Es la gracia de la salvación, incluida en la creación y que fue prometida a toda la creación, a toda la humanidad. La salvación no se añade a la historia, sino que ha sido incluida en la creación. La salvación es el objeto de una promesa más original que el pecado original. La promesa de la resurrección está incluida en la creación y como dijo el papa Francisco: “La resurrección del Señor ya ha penetrado la trama de nuestra historia” (*Evangelii Gaudium*, 278). Nosotros no somos seres vivos cuyo horizonte sea la muerte sino seres mortales cuyo horizonte es la vida. Toda la humanidad está comprendida en esta promesa.

Existe, por tanto, la gracia de la creación e, incluida en el movimiento de la creación, la gracia de la salvación que se desarrolla para todos en la historia: la gracia de la resurrección siempre en curso y en avance en la esperanza de llegar a ella.

Y luego, por añadidura, la gracia de saber que existe esta gracia de la resurrección, la gracia de vivir ya de esta esperanza, de regocijarse en ella y ser testigo de ella. De este modo, estamos invitados a entrar en este misterio de la “gracia sobre gracia” y ser sus testigos

3. La evangelización: un testimonio de la gracia de Dios y una solicitud por el mundo

En este tercer punto desearía hablar precisamente de la evangelización como testimonio de la solicitud de Dios y como solicitud hacia el mundo. La evangelización como solicitud hacia el mundo la plantearé en cuatro etapas:

3.1. La solicitud de la escucha

En la mañana de Pascua, cuando las mujeres llegan a la tumba para ungir el cuerpo de Cristo, ven la piedra corrida y oyen el mensaje del ángel: “No está aquí, ha resucitado; irá antes que ustedes a Galilea: allí lo verán” (Mt 28, 5-7). Esta invitación nos lleva a buscar y reconocer el Espíritu de Cristo resucitado, el Reino de Dios, presente en el mundo, en la obra de la misma creación. Como dice el papa Francisco: “La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia” *Evangelii Gaudium*, 278). En este sentido, la evangelización no comienza por nuestras palabras sino por una escucha, una lectura de lo que sucede a nuestro alrededor. Se trata, según una fórmula ignaciana, de “ver a Dios en todas las cosas”, de reconocer el Reino de Dios ya presente en el mundo. Hay violencia en el mundo, pero también hay una capacidad de compromiso, de valentía, de entrega de sí, que es digna de admiración. La evangelización comienza entonces por detectar la presencia del Reino en los corazones. Ello supone una capacidad de cercanía, de escucha, de aprendizaje en los encuentros con las personas. Jesús tenía esta capacidad de escucha, de aprendizaje y de admiración en su encuentro con la gente: de cada encuentro Él hacía un acontecimiento. Las bienaventuranzas las aprendió viendo la vida de las personas. “Mujer, ¡qué grande es tu fe!” (Mt 15,28) dijo Jesús a la cananea. “Ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe” (Lc 7, 1-10) dice Jesús al centurión.

En la evangelización no se trata de llevarle a los demás lo que estos no poseen, sino de descubrir con ellos y en ellos la presencia del Espíritu de Cristo resucitado. Jesús tenía esta capacidad de escucha. La solicitud consiste notablemente en esta cercanía afectuosa con el otro, que permite aprender de los demás, dejarse instruir por sus habilidades, su sabiduría, su entrega en ocasiones heroica. En otras palabras, se trata de dejarse instruir por la santidad cotidiana de la gente. Es observar al otro con una mirada benevolente que permita leer su riqueza y reconocer allí el Espíritu de Dios en acto, allí mismo donde no se esperaba encontrar nada. La evangelización empieza cuando uno se deja evangelizar humildemente por aquellos a quienes se quiere evangelizar.

En resumen, evangelizar no es llevar a los demás algo que no poseen en una actitud de superioridad, sino descubrir junto a ellos lo que ha sido dado en la vida, aun sin saberlo.

3.2. La solicitud de la acción caritativa

El segundo tiempo de la evangelización consiste en unirse a esa corriente de amor que se manifiesta en las relaciones humanas, tomar parte en ella, mezclarse en ella. Para las comunidades cristianas se trata de comprometerse, en la medida de sus posibilidades, de modo creativo, en el servicio, en las obras de caridad en todas sus formas. La Iglesia está hecha para servir al hombre, no para servirse de él y mucho menos para sojuzgarlo. Esta función diaconal de la iglesia es primera y prioritaria. “Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús, el cual (...) se anonadó a sí mismo tomando la condición de servidor” (Fil 2,

5-7). Los cristianos deben contribuir con todos los hombres de buena voluntad a la promoción de los valores evangélicos en la sociedad y a luchar contra todo lo que desnaturaliza al hombre. Su solicitud consiste, a este respecto, en comprometerse solidariamente en los lugares donde hay pobreza, sufrimiento, exclusión y desesperanza, para fomentar justas relaciones entre los sexos, las clases sociales, las culturas, las religiones, las naciones y la naturaleza. Caben aquí todas las obras de misericordia que enumera el evangelio de Mateo en el capítulo 25: acoger al extranjero, visitar a los enfermos y a los presos, alimentar a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los indigentes, acompañar a los moribundos. Incluso, es poner en práctica las bienaventuranzas: mansedumbre, paz, misericordia, justicia, construcción de la paz. Encontramos aquí concretamente la solicitud como atención afectuosa, inteligente, activa y creativa en relación al otro. La solicitud es pasión, compasión, acción por el prójimo, indignación contra todo lo que desnaturaliza a la humanidad. La solicitud toma partido por los pobres y los excluidos.

Resumiendo, este segundo tiempo de la evangelización es el del compromiso apasionado por la humanidad. Es la caridad de las obras: la diaconía bajo todas sus formas. No olvidemos que la evangelización comienza por los cuerpos. La caridad se siente en los cuerpos.

3.3. La solicitud del anuncio evangélico

El tercer tiempo de la evangelización es el anuncio, el anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo. Este anuncio de la Buena Noticia es en sí mismo un acto de caridad hacia el prójimo. La caridad urge a evangelizar. Anunciar la Buena Nueva es, en efecto, ofrecerle al otro lo mejor que se le puede dar. Anunciar la Buena Nueva es ante todo honrar el derecho del otro a escucharla. Y es ofrecerle el acceso a un regalo precioso: el tesoro escondido en un campo, del que habla el evangelio, al que se descubre con regocijo. En este sentido, el anuncio del evangelio es, en unión con las obras “la primera de las caridades”, dice Juan Pablo II.⁶ Se anuncia la Buena Noticia por amor, por el amor y por la alegría. “Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa. (1Jn 1, 1- 4).

La fe es preciosa por todo lo que nos permite reconocer, vivir y celebrar juntos. No es necesaria para la salvación. Una persona puede llegar a la salvación por fuera de la fe cristiana. Cristo es el salvador de todos pero la salvación por Cristo no está limitada a los cristianos. Paulo VI lo señala: “No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio” (Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 80). Y “Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual” (*Gaudium et Spes* 22, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1260). Hay salvación en efecto, a través de lo que Paulo VI llama las vías ordinarias (es decir, en el orden sacramental) y también a través de las vías extraordinarias (o sea, por fuera del orden sacramental). La fe y la pertenencia a la Iglesia no son, en este sentido, necesarias para la salvación. La salvación pasa por la misericordia de Dios, por la práctica de las bienaventuranzas y por las obras de misericordia. Por lo tanto, si se anuncia el evangelio, no es para que el mundo se salve sino porque ha sido salvado, porque la resurrección del Señor ya penetró la trama de nuestra historia (*Evangelii Gaudium*, 278).

⁶ Carta Apostólica *Novo milenio ineunte*, 50, 6 de junio de 2001.

Podemos vivir bajo las nubes disfrutando del sol aunque sin verlo. Y, si en un momento dado el cielo se abre, entonces todo cambia de color. Nos alegra ver las cosas a la luz del sol. Así pasa con la fe. Podemos vivir sin ella. Pero si se abre el cielo todo aparece renovado. Las cosas se ven de un modo nuevo. Se descubre lo inaudito del Evangelio: Dios es aquel en quien, no importa quien seas, bueno o malo, trabajador de la primera o de la última hora, tenemos la seguridad de ser recibidos y amados, incondicionalmente, sin merecerlo, de modo totalmente gratuito. Esto es lo que nosotros anunciamos no para ser salvados sino porque fuimos salvados.

3.3. La solicitud catequística

Finalmente, podemos añadir un cuarto momento de la evangelización que consiste no solamente en el anuncio de la Buena Noticia a todos y a todas sino en el acompañar fraternalmente en la fe a quienes -niños, jóvenes o adultos- así lo desean. La solicitud es aquí catequística: consiste en abrir los caminos de la fe a quienes lo desean y acompañarlos afectuosamente en este camino. Es todo el desafío de la iniciación cristiana: en la palabra “iniciación”, tenemos la idea de itinerario y la idea de comienzo. “In-ire”, es comenzar un camino. “No se nace cristiano, se deviene” decía Tertuliano. La solicitud cristiana se halla también en la preocupación por ofrecer un acompañamiento personalizado y fraternal en la fe dentro de la comunidad cristiana, en sus compromisos con el mundo. Es la comunidad la que debe ofrecer una acogida a los nuevos creyentes. Es la comunidad la que catequiza. No existe hoy catequesis sin comunidades vivas que ofrezcan un baño de vida eclesial que se pueda experimentar como algo deseable, bueno y humanizante para todos aquellos deseosos de acercarse al Evangelio. La solicitud catequística consiste en ofrecer una presencia fraternal en la maduración de la fe.

Estos me parece que son los cuatro tiempos fundamentales de la evangelización. La escucha y la admiración, la práctica de la caridad, el anuncio de la Buena Noticia, la solicitud catequística. Ojalá puedan nuestras comunidades cultivar esta solicitud.



Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS